

ACTO EN HONOR A MONSEÑOR MEDINA, OBISPO DE VALPARAISO, EN EL
QUE SE CONFERIRA LA MEDALLA DE LA UNIVERSIDAD, CON MOTIVO DE
LA DESIGNACION COMO PRO-PREFECTO DE LA CONGREGACION PARA
EL CULTO DIVINO Y LA DISCIPLINA DE LOS SACRAMENTOS.
AGOSTO 27 DE 1996, SALON DE HONOR

Sería superfluo intentar una semblanza de Monseñor Medina en esta casa universitaria que ha sido testigo privilegiado de una parte muy importante de la obra de su vida. Igualmente superfluo sería hacer propiamente un elogio de una persona a la que la universidad se siente ligada por una deuda impagable de gratitud, una institución donde cuenta con muchísimos amigos y admiradores. Hay muchos que podrían de seguro referirse a él de modo más autorizado que yo mismo. Pero en este día no podría dejar de decir una palabra como rector, como amigo y en fin como católico.

Los eminentes servicios que Monseñor Medina le prestó a la universidad como Pro-Gran Canciller y como Vice-Gran Canciller, fueron una contribución decisiva a la vida de esta institución, a su ordenamiento jurídico y reglamentario y a la preservación de su carácter de institución de Iglesia. Cuando se recuerdan las difíciles circunstancias en que esos servicios hubieron de prestarse, la obra realizada se hace más admirable todavía. Monseñor Medina desempeñó esos cargos en años cargados de incertidumbres y necesitados de claras decisiones, y aportó su notable talento, su firmeza de carácter y su fidelidad sacerdotal para superar muchísimos problemas originados ya fuera en la tensa coyuntura política de esos años, ya fuera en las perplejidades y aun confusiones que se habían heredado de la década de los sesenta.

Pero quien así colaboraba con inteligencia y sacrificio a una obra ingente de recuperación y renovación universitaria, no era un extraño a nuestra universidad ni a las responsabilidades directivas en ella. Había ya servido como Decano de Teología, y era profesor en esa Facultad desde 1956. Conocía nuestra historia y nuestra circunstancia mejor que cualquiera de nosotros y pudo entonces hacer un aporte de inestimable valor.

La sola mención de la época en la que Monseñor Medina hubo de intervenir en labores directivas de esta universidad, sirviendo en ella cargos de primera jerarquía, da una idea de cuáles han sido las responsabilidades que le ha tocado afrontar. Quienes de una u otra forma nos hemos hallado próximos a él en sus tareas, podemos dar testimonio de la tenacidad y dedicación con que ha puesto su talento y sus afectos al servicio de los mejores intereses de esta casa.

Durante muchos años me he sentido honrado por su amistad y confianza, y he admirado su refinamiento intelectual, su vasta cultura, su sensibilidad artística, así como su sencillez, cordialidad y sentido del humor. He tenido la satisfacción

de ver cómo la estima que he sentido por él era compartida por muchos, y muy especialmente por quienes se hallaban más próximos a él en su trabajo.

Pero hoy día estamos reunidos por algo que va más allá del universitario y del amigo. Lo vemos llamado a una muy alta responsabilidad en el gobierno de la Iglesia universal.

Entonces evocamos la figura del pastor consagrado a su rebaño, la del sacerdote solícito por las necesidades espirituales de sus fieles, del servidor de la Iglesia a la que ha amado con un amor entrañable.

Ha sido cargado con responsabilidades muy señaladas en la vida de la Iglesia. Así en la Comisión Teológica Internacional, en la Comisión que preparó el nuevo Código de Derecho canónico, y en el Comité de Redacción de esa obra magna del pontificado de Juan Pablo II que es el Catecismo de la Iglesia Católica.

Ha servido como miembro del Comité de Presidencia del Pontificio Consejo para la Familia, como Secretario General de la IV Conferencia General del Episcopado Latinoamericano, como Consultor de la Congregación para el Clero.

Su cercanía espiritual con el Papa se evidenció cuando fue llamado a dirigir el retiro espiritual de Cuaresma para Su Santidad y la Curia Romana.

Podrían agregarse muchas cosas, pero las dichas bastan para bosquejar una historia de servicio esclarecido y devoto a la Iglesia.

Estamos seguros - y pedimos Dios que así nos oiga - que en este nuevo cargo al que ha sido llamado como Pro-Prefecto de la Congregación para el Culto y la Disciplina de los Sacramentos, él pueda servir con el mismo vigor que ha desplegado tantas veces.

Hay un punto que es crucial en el cometido del obispo y es el anuncio claro y constante de la doctrina. Una antigua oración de la ordenación episcopal pedía para el obispo electo que no llamara nunca malo a lo bueno ni bueno a lo malo, luz a las tinieblas ni tinieblas a la luz.

En verdad, el pueblo cristiano aspira a eso, y me parece que aspira a ello con más fuerza hoy día en que da la impresión de que todos los perfiles se desdibujan, y que el humilde pero perseverante esfuerzo por poner de manifiesto la verdad, se ve extraviado entre la indefinición de los conceptos y la irresolución de la voluntad. No es pequeña la paradoja de estos tiempos. Por un lado prevalece un escepticismo respecto de la verdad y de la posibilidad de hallarla, mientras que por otro lado se hace presente el espejismo de una libertad sin cortapisa. Se minusvalora la verdad y se exalta la libertad. Pero

quienes más pregonan los valores de la presunta libertad son los mismos que piensan que ella está amarrada a condicionantes sociales, subordinada a pulsiones emocionales y sexuales, limitada hasta el punto de que su mismo ejercicio es ilusorio.

El hombre sin referencia a la verdad, pierde también la libertad.

En esa condición tan difundida, se levanta la voz de pastores que hablan sin descanso la palabra de la Iglesia y que no temen a la incomprensión y al rechazo. De la fidelidad de esos pastores se alimenta la del pueblo cristiano y por eso la agradecemos de todo corazón.

Nuestra Universidad ha honrado ya en otras ocasiones a Monseñor Medina con sus más altas distinciones académicas. Nos pareció empero que en este momento de cordial despedida era oportuno que se llevara consigo una distinción recientemente establecida y destinada a quienes se hayan distinguido en el servicio de los ideales que inspiran a esta obra. La Medalla del Fundador Arzobispo Joaquín Larraín Gandarillas recuerda al que siendo Obispo de Martyropolis echó las bases de nuestra universidad como signo de una voluntad indoblegable de mantener la inspiración cristiana en nuestra vida cívica y social. Hemos querido que sea Monseñor Medina la primera persona que la reciba, como testimonio de adhesión y gratitud a su largo y preclaro servicio a la Iglesia y a esta Universidad Católica.